

**Dictador en el espejo:**  
***Llegada para mí la hora del olvido* de Tomás Val**  
**como retrato de Franco y su régimen<sup>1</sup>**

**Elina Liikanen (Universidad de Helsinki)**

“El poder es como estos nuevos alimentos envasados, también tiene fecha de caducidad” (VAL, 1997, p. 36), reflexiona un Francisco Franco agonizante en la novela *Llegada para mí la hora del olvido* de Tomás Val, publicada en 1997<sup>2</sup>. Ese relato amargo, salpicado de humor negro y abundantes dosis de ironía, retrata a Franco y a su régimen mediante los recuerdos y la palabra del propio dictador. La novela se presenta como unas memorias escritas por Franco durante sus últimos años de vida, cuando los síntomas de senilidad se hacen cada vez más agudos pero alternan aún con momentos de lucidez, en los que el dictador es capaz de analizar su largo gobierno y percibir ya el eclipse definitivo de su poder.

Durante las últimas décadas se han publicado en España decenas, si no centenares, de novelas sobre la Guerra Civil, la posguerra y el franquismo. Esta ola de producción literaria se debe en gran parte al interés de la generación de los “nietos de la guerra” por los convulsos sucesos del pasado reciente del país. Prácticamente todas las novelas de este tipo condenan la dictadura de manera categórica y la gran mayoría retrata la época desde el punto de vista de los perdedores de la guerra y/o los opositores a la dictadura. De hecho, en muchos casos parece que la novela sobre la Guerra Civil y el franquismo ha asumido en la España democrática una tarea que en principio parece poco propia de la literatura: recuperar la memoria de los vencidos y narrar la parte de la historia que la historia oficial franquista omitió durante décadas<sup>3</sup>.

Sin lugar a dudas, la novela de Tomás Val condena la dictadura como muchas otras obras recientes, pero en cuanto a la forma se diferencia del grueso de estas novelas en dos aspectos significativos. En primer lugar, el novelista se aparta de la tendencia predominante de retratar el pasado en clave realista y opta por un relato satírico de connotaciones míticas y con toques de surrealismo. Los datos históricos que contiene la novela son mínimos y, aunque los personajes principales son reales, se les atribuyen historias extravagantes. En segundo lugar, Tomás Val escoge estudiar el pasado exclusivamente desde el punto de vista del poder, del vencedor de la guerra, otorgándole la palabra al propio Franco. Gracias a este giro, la novela se propone atacar la dictadura “desde dentro”, ya que es paradójicamente el dictador quien se convierte, a su pesar, en el crítico más despiadado de su régimen. A causa de estas características formales — así como mediante continuas referencias intertextuales — *Llegada para mí la hora del olvido* establece en realidad un vínculo más estrecho con la tradición latinoamericana de la llamada novela del dictador<sup>4</sup> que con la novela española actual sobre la Guerra Civil y el franquismo.

Las mismas propiedades formales que hacen destacar la novela de Val en el contexto español suscitan, sin embargo, una problemática de carácter ético. Como indican Jorge Castellanos y Miguel Martínez (1981, p. 87) en un artículo sobre la figura del dictador en la novela latinoamericana, para crear un dictador literario mínimamente verosímil — un personaje de carne y hueso en vez de mero monstruo de maldad — hace falta ver al ser humano tras el tirano y no examinar solamente su comportamiento, sino también la intimidad de su consciencia. No obstante, ingresar en la subjetividad de un personaje crea fácilmente un vínculo emocional entre éste y el lector y, por lo tanto, puede provocar la comprensión, la identificación o incluso la suspensión del juicio moral, es decir, un efecto contrario al perseguido.

Por otro lado, representar una dictadura mediante episodios inventados y personajes burlescos o fantásticos implica también un riesgo. Apartarse

excesivamente de la verosimilitud del relato y/o de los llamados hechos históricos puede provocar que el lector pierda de vista el referente histórico y, como consecuencia, se anule el potencial crítico del texto. Asimismo, la representación cómica tiene dos caras: el humor puede ser una efectiva herramienta de crítica, pero también puede convertirse en una risa insustancial que, en vez de obligar al lector a adoptar una postura ideológica o moral, le ofrece una vía de escape para desentenderse del problema. A continuación, se estudiará la representación de la figura del dictador en *Llegada para mí la hora del olvido* para examinar cómo el novelista enfrenta los desafíos éticos arriba mencionados.

Al modo de la novela del dictador latinoamericana, la obra de Tomás Val presenta al lector un personaje dual: por un lado está el tirano — cruel, soberbio y caprichoso — y, por otro lado, el hombre agonizante, solitario y desorientado. Francisco Franco comparte las cuatro características arquetípicas del dictador latinoamericano que son, según Noguero Jiméñez (1992, p. 93-96), el mesianismo, la megalomanía, la misantropía y la tanatofilia<sup>5</sup>. De acuerdo con la primera característica, el dictador se retrata a sí mismo como un ser divino: a su juicio, se le declaró “Dios-Padre” (VAL, 1997, p. 9) el día en que asumió el mando en Burgos y, desde entonces, su destino es el de España, y sus recuerdos, la historia del país. Además, Franco se atribuye características sobrenaturales como poder resucitar a muertos o “poder soñar el tiempo verdadero después del acabóse y [...] leer en una noche todos los libros que sobre él aún no se han escrito” (VAL, 1997, p. 29).

En cuanto a la segunda característica, la megalomanía, el personaje padece claramente de delirios de grandeza: es una figura soberbia que tiene total confianza en la validez de su juicio y en lo ineludible de su destino<sup>6</sup>. Siendo el elegido de Dios, no siente la necesidad de justificar sus actos pero, por otro lado, tampoco puede escapar de su papel de dictador, aunque éste se convierta en una carga para él. Su sentimiento de absoluta superioridad degenera pronto en un profundo desprecio

hacia sus súbditos y todos los que le rodean, incluida su esposa, a quien en realidad quiere asesinar. Franco es un individuo aislado, un misántropo incapacitado para sentir empatía o afecto, que considera “la muerte como su más efectivo instrumento de poder” (NOGUEROL, 1992, p. 95) al igual que los dictadores de la tradición latinoamericana.

En el curso de la novela, se hace evidente que los demás personajes no comparten la imagen divina y superior del Caudillo que él mismo cultiva. Es revelador observar, por ejemplo, que Franco nunca tiene testigos cuando lleva a cabo alguno de sus milagros, mientras que en *El otoño del patriarca* de García Márquez, texto con el que comparte muchas características, es el pueblo quien le atribuye poderes divinos al dictador. Aunque la única voz narrativa de la novela pertenece a Franco, en ocasiones podemos observar al personaje desde otra perspectiva debido a los cambios en la focalización o mediante los diálogos. “[T]e falla el riego” (VAL, 1997, p. 195), sentencia Carmen Polo cuando ve a su marido hablando con los muertos, y los nietos del dictador — incapaces de identificar al viejo decrepito con el Caudillo invicto de sus libros de texto — preguntan, delante de Franco, dónde está su abuelo que sale en los sellos y las pesetas. Hasta el mismo Franco tiene una visión poco halagadora de sí mismo cuando, debido a un desdoblamiento, se contempla creyendo que la persona observada es su doble y no él mismo: “Ese patético monigote vestido de Generalísimo. Bajo, rechocho, blando, de gestos histriónicos, de voz aflautada, temeroso [...] ante la mujer de sonrisa hierática” (VAL, 1997, p. 223). No obstante, es sobre todo en el ámbito familiar donde Franco pierde su aura de superioridad y se muestra simplemente como un hombre viejo y enfermo, bastante ridículo debido a sus desvaríos. “Quién soy, quién soy” (VAL, 1997, p. 92), se pregunta el anciano mientras deambula por los pasillos de El Pardo conversando con los muertos, su más fiel compañía. Asimismo, al viejo dictador le atormentan las dos grandes desilusiones de su vida personal: por un lado, su incapacidad de ganar el respeto y la admiración de

su propio padre y, por otro lado, la incapacidad de concebir un hijo heredero de su régimen.

En principio, las incursiones en la intimidad de un hombre agonizante y solitario podrían promover fácilmente la compasión del lector hacia el personaje. Sin embargo, resulta evidente que el propósito del novelista es desvirtuar en seguida cualquier irrupción de simpatía o posible conmiseración con el tirano. Tras una escena potencialmente conmovedora, se provoca en el lector una reacción adversa hacia el personaje mediante dos operaciones alternativas: o bien ridiculizándolo o bien recordando su extrema crueldad. El texto no permite al lector olvidar que bajo la figura del anciano desvalido se encuentra, en realidad, un tirano sangriento capaz de asesinar hasta a su propia esposa.

Aparte de la clásica dialéctica de dictador/ hombre, el personaje de Franco adopta en la novela también un papel paradójico como una figura que desafía su propio régimen, e introduce de este modo en la obra un fuerte componente de crítica social. Una vez ganada la Guerra Civil y establecido el Estado totalitario, el Franco de Tomás Val empieza a aburrirse. “España era un país de muertos”, dice, “como si la marea [...] hubiese vomitado a la costa miles de cadáveres y se hubieran puesto a vivir de nuevo” (VAL, 1997, p. 208). La causa de que los españoles parezcan muertos en vida, abatidos y sumisos, es desde luego la feroz represión del régimen, la tanatofilia franquista. Pero en vez de felicitarse por lograr finalmente “la paz”<sup>7</sup>, Franco comienza a despreciar al pueblo sometido que tan ciegamente le entrega el poder. “Fueron las masas que me convirtieron en dictador” (VAL, 1997, p. 27), dice, “ellos me pusieron en la mano el látigo y ellos se arrodillaron para que les golpeará la espalda” (VAL, 1997, p. 147)<sup>8</sup>. Según Franco, los dioses — o dictadores — existen solamente porque los ciudadanos tienen miedo a gobernarse a sí mismos: “Era España la que, como un espejo, me reproducía cuando intentaba huir; la que alumbraba el dictador que necesitaba, la que creaba de la nada un nuevo caudillo” (VAL, 1997, p. 227).

De este modo, se evita caer en el juicio fácil de acusar a un solo individuo de las atrocidades cometidas (y silenciadas) por muchos. El dedo acusador apunta hacia la sociedad entera, incluido el propio lector. La novela recuerda la complicidad, la colaboración y la pasividad de gruesas capas de la población, lo cual permitió en parte que el franquismo se perpetuara durante casi cuarenta años. En mi opinión, es precisamente este giro repentino el que impide que la novela sea una lectura complaciente y evasiva, ya que obliga al lector a reflexionar sobre su propia postura e incluso a asumir parte de la responsabilidad. Aún así, no es al pueblo llano al que la voz de Franco carga la mayor culpa, sino que también delata a sus propios ministros y demás funcionarios del régimen, a los que considera corruptos, cobardes, serviles y aduladores: “ni siquiera es necesario que ordene algo”, dice, “mis sicarios, mis sacerdotes, creen interpretar mi voluntad y dictan leyes, reglamentos, levantan monumentos, ponen placas, ajustician a miles de personas, exilian, castigan y [...] perdonan en mi nombre” (VAL, 1997, p. 143).<sup>9</sup>

A pesar de su papel de iconoclasta — quizás poco verosímil, pero de efecto acertado —, el Francisco Franco que aparece en las páginas de *Llegada para mí la hora del olvido* resulta lo suficientemente reconocible como para no perder de vista en ningún momento el referente histórico de la novela. Por otro lado, el delicioso planteamiento del tema, fantástico y sarcástico a la vez, garantiza que la postura crítica de la obra nunca merme el placer de la lectura que el texto brinda. De hecho, lo que reivindica la novela es precisamente la fuerza emancipatoria de la imaginación y la literatura, su capacidad de cambiar tanto el presente como el pasado. Como dice el propio Franco, nunca le importaron los escritores y artistas dedicados “a transcribir la realidad, a desmenuzar la vida diaria” (VAL 1997, p. 234), puesto que éstos se quedan siempre “lejos de la realidad a la fuerza de imitarla” (VAL 1997, p. 88). Lo único que temía el dictador eran los sueños, “senderos de la libertad” (VAL 1997, p. 232) y las palabras, esos artilugios capaces de acabar con cualquier Supremo. Efectivamente,

las palabras de Tomás Val hacen materializar las peores pesadillas de Franco al convertirlo en mero “dictador de papel” (VAL, 1997, p. 13), sujeto “a las inflexibles normas de la novelística” (VAL, 1997, p. 120).

## Referencias

CALVINO IGLESIAS, Julio. *La novela del dictador en Hispanoamérica*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1985.

CASTELLANOS, Jorge; ARTÍNEZ, Miguel A. El dictador latinoamericano como personaje literario. *Latin American Research Review*, v. 16, n. 2, p. 79-115, 1981.

NOGUEROL JIMÉNEZ, Francisca. El dictador latinoamericano (Aproximación a un arquetipo narrativo). *Philologica hispalensis*, n. 7, p. 91-102, 1992.

PACHEGO, Carlos. *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987.

VAL, Tomás. *Llegada para mí la hora del olvido*. Madrid: Alfaguara, 1997.

VELÁZQUEZ JORDÁN, Santiago. Dulce Chacón: “La reconciliación real de la guerra civil aún no ha llegado” [entrevista]. *Especulo*, n. 22, nov. 2002/ feb. 2003. Disponible en: <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero22/dchacon.html>>.

## Notas

---

<sup>1</sup> Las ideas aquí esbozadas serán desarrolladas en un artículo de futura publicación.

<sup>2</sup> Resulta curioso comprobar que, a pesar de lo sugerente de su planteamiento, la repercusión de la novela haya sido casi nula.

<sup>3</sup> La novelista Dulce Chacón, autora de *La voz dormida*, explica el fenómeno de la siguiente forma: “Esa parte oculta [de la historia] es la que intentamos recuperar muchos, a través de las novelas, del cine, de los documentales. Hay en España una inquietud por adentrarnos en esa época. Hay que darle a la memoria el lugar que debe ocupar” (VELÁZQUEZ, 2002-2003).

<sup>4</sup> Sobre el género de la novela del dictador, véase, por ejemplo Calvino (1985) y Pacheco (1987).

<sup>5</sup> Los atributos de la personalidad dictatorial nombradas por Noguero Jiméneez coinciden, a grandes rasgos, con las características de la personalidad autoritaria que indican Castellanos y Martínez (1981, p. 94).

<sup>6</sup> En los momentos de vanidad, se aplica títulos como “El General Invicto, el Faló Incomparable, El Que Supo Plantarle Cara a la Bestia Teutona, el Amado de los Papas” (VAL, 1997, p. 223). Asimismo, se compara continuamente con personajes históricos de la talla de César, Alejandro Magno, el Cid, Felipe II y Carlos I.

<sup>7</sup> De hecho, la voz del dictador contribuye a desmoronar el mito de “los veinticinco años de paz”, propagado por su propio régimen, tanto revelando la magnitud de la violencia estatal como denunciando el ambiente de miedo y la miseria que vivía el pueblo español.

<sup>8</sup> Franco también lamenta la poca memoria histórica del pueblo, aunque sea producto de su propia labor de manipulación de la historia: “El hombre, y más si es español, todo lo olvida. Cuando paso por los bosques de brazos levantados, cuando el *Franco Franco Franco* resuena como tormenta en los cielos patrios [...], cuando los intelectuales me nombran como ejemplo de pensamiento y sabiduría, me acuerdo de aquel otro día, no tan lejano en el tiempo [...] en el que las calles llenaron de sueños. República. ¿Se acordarán todavía de aquel alboroto de locas ilusiones?” (VAL, 1997, p. 183).

<sup>9</sup> De hecho, el dictador se da cuenta de que con el tiempo le han ido retirando parcelas de poder: “Desfiles, muerte y homenajes. A esas tres cosas ha quedado reducida mi actividad” (VAL, 1997, p. 123), resume el Franco agonizante sus responsabilidades.